

aquel hotel como aquí? — Sobre corta diferencia, dijo Tirabeque; sobre unos cuatro mil ó cuatro mil quinientos. — Muy bien; hay casi tantos como aquí. — Es que son cuatro mil quinientos de diferencia. — ¡Diablo! Eso es muy distinto. — Y estarán bien sostenidos por el Estado. — Sí, bastante bien. Pero allí la caridad lo hace todo: se suelen abrir suscripciones, y se hacen tambien algunas funcioncillas en los teatros y en los liceos á beneficio de los inválidos, y con un poco de aquí y otro de allí van saliendo del dia los pobrecitos. — ¡Oh! eso es una iniquidad, es una abominacion de la parte de vuestro gobierno. — ¡Ah! dije yo para mí: ¡no sabes tú bien, pobre inválido, el mal rato que dan á un español amante de su país estos recuerdos y estas comparaciones!

Un antiguo oficial nos condujo despues á las cocinas, y en seguida nos enseñó... lo que á Tirabeque le causó una explicable sorpresa que degeneró en mal humor; y á mí no me le produjo tampoco muy bueno, por esto de las comparaciones y los recuerdos que no se pueden evitar. Nos enseñó el servicio de mesa para los jefes y oficiales del establecimiento: toda la bajilla era de plata: cubiertos, cucharones, platos, fuentes, soperas, salseras, palilleros y todos los demas utensilios de plata: ¡y esto para doscientos, ó trescientos ó mas oficiales! creo que esto bastará por sí solo para excusarme de dar otros pormenores del estado de brillantez del cuartel de Inválidos de Paris.

Otra cosa sin embargo no puedo dispensarme de mencionar, por mas que en ello padeciese entónces y padezca ahora el amor patrio, la cual no me fué ménos sorprendente. Es la biblioteca del establecimiento, compuesta de veinte mil volúmenes, que está abierta todos los dias de trabajo desde las nueve hasta las tres, para instruccion, entretenimiento y recreo de los..... iba á decir, de los desgraciados inválidos, pero diré mejor, de los afortunados, pues como observaba mi buen lego, vale mas ser soldado sin piernas en Francia que soldado con todos los miembros sanos y corrientes en España. — Señor, vámonos de aquí cuanto ántes, añadia, porque se me están representando los defensores de nuestra patria pidiendo limosna por las esquinas, y si nos detenemos un poco he de tener que decírselo á estos hombres por desahogarme, y bien sabe Dios que sentiré que lo sepan.

Yo conocí la razon con que me apremiaba, porque precisamente experimentaba las mismas sensaciones, y dando gracias á aquellos beneméritos guerreros por su agasajo, salimos del *Cuartel de Inválidos*.

#### Las Tullerías por dentro.

Con permiso de Luis Felipe voy á entrarme un rato por su casa y á registrar lo que tiene en ella. He dicho mal, porque no obtuve el permiso de Luis Felipe, puesto que él no se hallaba á la sazón en Paris; pero obtuve el del intendente de palacio, y *cela m'était égal*.....

Entro, pues, por el arco de triunfo de la plaza del *Carrousel*. Llámase *Plaza del Carrousel* á un vasto paralelogramo ó sea un dilatado espacio cuadrado dividido por una gran verja de hierro, que da entrada á un patio dentro del cual pueden maniobrar quince mil soldados. Este patio antecede por la parte de Oriente al palacio de las Tullerías. En la plaza del *Carrousel* fué donde estalló el 24 de Diciembre del año 1800 aquella espantosa *máquina infernal* que se descargó contra Napoleon al tiempo que se dirigia á la ópera, siendo primer cónsul de Francia, y que conmovió cincuenta casas que despues fueron demolidas. Por la parte del *Carrousel* fué tambien por donde se atacó principalmente al palacio de Tullerías en la famosa y sangrienta jornada del 10 de Agosto de 1792. Los agujeros que abrieron en las paredes las balas de los asaltadores, fueron cubiertos con piedras, sobre cada una de las cuales se escribió « 10 de Agosto. » Bonaparte hizo borrar despues estas inscripciones, pero aun se distinguen las piedras en que estuvieron.

Sobre el *Arco de Triunfo* hay una estatua de la Restauracion, en bronce, tirada por cuatro caballos de la misma materia. El grupo es imperfecto, y los caballos parece que pertenecen á dos distintos partidos políticos, pues dos tiran por un lado y dos por otro. Ántes habia en el arco unos bajos relieves que representaban *los gloriosos hechos del duque de Angulema en España*. Han sido destruidos, y esta destruccion es la mejor obra que se ha hecho en aquel arco.

Desde aquel gran patio se abraza de un golpe de vista los cinco extensos é irregulares cuerpos de que se compone el palacio de las Tullerías. No hay nada que represente mejor la marcha de nuestra última revolucion española que las fachadas de aquel palacio. Nuestros gabinetes y aquellos arquitectos, unos y otros han edificado sin unidad de plan: no hay un cuerpo del edificio que se parezca al otro; los órdenes de arquitectura están confundi-

dos; cada profesor parece que ha hecho estudio de seguir el sistema opuesto al de su antecesor, y que la obra ha sido dirigida por un espíritu de antipatía y de contradicción, viniendo á resultar un todo heterogéneo, irregular, feo y desagradable.

Así me decía, á mí Fr. Gerundio, un diplomático español que me acompañaba, y cuyo sistema gubernamental aun no ha sido ensayado. — Verdad es, le dije, pero hay una diferencia de nuestros gobernantes á estos arquitectos; y es que estos en medio de la ninguna armonía de sus sistemas, al fin cada uno siguió el suyo, cada uno edificó algo, y resultó un todo, si bien imperfecto y discordante, pero vasto, cómodo y anchuroso para la vivienda de un gran monarca; mientras los nuestros ó no han tenido sistema, ó no han edificado nada, ó se han ocupado en destruir lo que habian hecho sus antecesores, y el resultado es que el edificio de nuestra regeneración no ha podido salir de cimientos. El diplomático se encogió de hombros, bajó la vista y..... — entremos, me dijo, si á Vd. le parece. — Cuando Vd. guste, le respondí, y entramos por la puerta de la derecha.

Pero antes de todo no será malo explicar á mis lectores la etimología y significación del nombre de *Tullerías*, porque entre ellos los habrá que pueden haberlo olvidado de puro sabido, y los habrá tambien que absolutamente lo ignoren. Para los últimos es este parrafillo, los primeros pueden proceder desde luego á la lectura del siguiente.

El terreno que ocupa hoy el palacio de los monarcas de Francia fué en lo antiguo una *tejera* ó *tejerías*, *tuileries* que surtian de tejas á casi todo Paris. Este terreno fué comprado en 1342 por *Dessessats* y *Villeroy*, que construyeron en él dos buenas casas con patios y jardines. Andando el tiempo, adquirió Francisco I aquellas posesiones por permuta, y sobre las ruinas de aquellas dos casas hizo Catalina de Médicis, mujer de Henrique II, levantar un palacio para los reyes, que con el tiempo y á retazos y añadiduras se fué agrandando hasta lo que es hoy, conservando siempre el humilde nombre de Palacio de las *Tuileries* ó de las *Tejerías*.

Lo primero que vi en el palacio de Luis Felipe fué una *Amaltea* de plata. Tirabeque que sabía ya desde España lo que significaba la señora *Amaltea*, me comenzó á decir: — Señor en un palacio donde lo primero que se encuentra son cuernos de plata, y donde la señora *Matea*, como yo la llamaba cuando era mas lego que ahora, empieza derramando riqueza, ¿qué tal será lo demás? — Calla, le dije, temiendo que empezara á comprometerme con sus

indiscreciones: cuando dimos vista á la escalera principal, ¿no viste en la primera meseta dos estatuas del *Silencio!* — Sí señor. — Pues estas te quisieron decir que aquí lo que se hace es oír, ver y callar. — Es que hablo en español, mi amo. El diplomático se echó á reír, y entramos en la sala de los *Mariscales*, que ocupa todo el pabellon del centro.

Esta sala está rodeada de retratos en cuerpo entero, pintados al óleo, de los *Mariscales* de Francia que actualmente existen. — Señor, me preguntó Tirabeque al oído, ¿quién será aquel de la cara de pocos amigos? — *Le voilà*, dijo al mismo tiempo el dependiente que nos guiaba, *le maréchal Soult*. — Ya lo oyes, Pelegrin, el mariscal Soult. — ¿El compañero de *Guizot*? — El mismo, el actual ministro de la Guerra. — Él habia de ser, señor: ¿cómo se ha de portar bien con los españoles un hombre que tiene esa cara de vinagre? — Calla, maldito. — Y para que sea mas bonito le ha hecho el pintor una pierna mas larga que otra. — Pues qué ¿no sabes que el mariscal *Soult* es cojo como tú? — Vaya por Dios, señor: por cuanto no me habia yo de parecer á cosa buena! Rodea la sala un balcon sostenido por consolas, y del lado del jardin hay una tribuna sustentada por cariátides ó estatuas en figura de mujer. Pásemos si gustáis, nos dijo nuestro áulico conductor, *al salon de los nobles*.

Llamábase antiguamente esta sala *de los guardias*. Cuadros magníficos que representan batallas, marchas militares, triunfos y victorias decoran en derredor este salon. Sigue el llamado *de la Paz*, por una estatua colosal de la *Paz* que le adorna, además de los broncees, bustos, preciosos vasos, ricos muebles y soberbia araña que le embellecen. Contigua está la sala *del Trono*, donde el Rey recibe los embajadores. La araña que cuelga del medio del techo es de una belleza extraordinaria; cubre sus paredes una finísima tapicería de los Gobelinos; en sus ángulos hay unos candelabros soberbios; en el paslon se ve á la religion protegiendo la Francia. — Este salon lo reconocerá Vd. bien, le dije á nuestro diplomático. — Algunas veces, me respondió, he tenido la honra de hablar en él al Rey. — Pero no habrá Vd. tenido la honra de sentarse en su trono, nos dijo á este tiempo Tirabeque. — En verdad que no. — Pues yo sí. — ¡Cómo! — Como Vds. lo oyen. Mientras Vds. estaban vueltos de espalda con este Monsieur, entretenidos en ver uno de estos tapices, yo me fuí acercando, acercando, como que no hacia nada, al sillón, y..... *plaf*, me senté en él y me volví á levantar mas listo que un pensamiento. Tengo el

honor de haber estado sentado en el trono de Luis Felipe. — Atrevido! ¿Y si te hubiera visto este ujier.....? — Señor, punto en boca, no lo oiga el ujier; acuérdesse Vd. de las dos estatuas del Silencio : aquí oír, ver y callar. Trabajo nos costó reprimir la risa, porque no viniera en sospecha ó conocimiento nuestro conductor. Pero ello es que mi Pelegrin tuvo el desvergonzado honor de sentarse en el trono de Luis Felipe, cosa que se puede asegurar no le habrá sucedido á otro lego alguno. — Y bien, le decia yo despues que salimos, ¿qué tal encontraste el asiento? — Señor, me respondió, pienso que al reves de Luis Felipe : porque á mí me pareció que estaba lleno de espinas, y era sin duda el miedo de que me vieran en él el que me picaba, y me estremecí todo, y no deseaba mas que dejarle; y á Luis Felipe debe parecerle muy blando y muy mullido, y su único sentimiento debe ser no poder ir sentado en él al otro mundo.

Á la sala del *Trono* sigue la sala del *Consejo*, brillante en dorados, pinturas y esculturas. Sobre una lujosa chimenea hay una magnífica péndola de Lepanto. Á la extremidad de los grandes departamentos está la galería de *Diana*. Una oportuna combinacion de espejos da un brillo y una claridad extraordinaria al gran salon del *Comedor*. Las salas de *Concierto* y del *Billar* son notables por el gusto y elegancia de sus exquisitos muebles. Detras de estos departamentos, y á la parte del jardin están las habitaciones del Rey : la sala de labor donde el monarca recibe de confianza por la noche, miéntras la familia se entretiene modestamente en hacer calceta y otras labores de manos al rededor de una gran mesa redonda cubierta con un paño verde, y las habitaciones de dormir.

Yo me detuve á cureosear un poco la *Biblioteca particular* del Rey. En los pequeños momentos que nos permitia la viveza ó la prisa de nuestro guia, pude atisbar las obras de *Voltaire*, de *Montesquieu* y de *Racine* : la *Historia de las revoluciones* : un *Tratado del gobierno*, y la *Historia de España*. — P. Fr. Gerundio, me decia nuestro diplomático, no tiene malas obras en que estudiar el hermano Luis Felipe.

— Por parte del estudio, le respondí, no tengo yo cuidado : la dificultad está en las obras. — Eso es lo que digo, que las obras son buenas. — Mi cuidado, le repliqué, no está en las *obras escritas* de los autores, sino en las *obras prácticas* del que las lee. Estas *obras* son las que yo quisiera buenas.

En la sala de *Consejo*, allí donde tantas veces se habrá decidido

la suerte de las naciones, llamó muy particularmente la atencion de Pelegrin un cuadro que está á la izquierda de la entrada. Es un preciosísimo cuadro de perspectiva que representa una comunidad de frailes en refectorio. Es de lo mas acabado en su género que jamas he visto : las figuras parece que hablan, que se mueven, que comen : Tirabeque se embelesaba contemplando la naturalidad de los legos que servian á la mesa, suscitándole las mas vivas reminiscencias de iguales menesteres en que tantas veces se habria ejercitado. Por otro lado decia : — Señor, ¡ un refectorio de frailes en una sala de consejo! ¿qué querrá decir esto, mi amo? ¿si querrá significar que los que aquí se juntan á disponer de los reinos y de las naciones son tan egoistas como los frailes, y que todos ellos no cuidan mas que del número uno?

— No creas tal, Pelegrin, le dije, será casualidad no mas.

No quisimos ser mas molestos, y tomámos el camino de la salida. La *capilla* no tiene cosa alguna notable, igualmente que el *teatro*, aunque lindo y bien compartidas las localidades. El palacio de Tullerías en su conjunto no deja de ser digno del monarca de un gran pueblo, si bien hay otros que, aunque no tan vastos, reúnen mas bellezas y mejor gusto que aquel.

#### Los Campos Eliseos.

Señor Pindaro, Vd. ha padecido una equivocacion. Señores Homero y Esiodo, siento mucho tener que rectificar á Vds. Señor Platon, Vd. era muy sabio, pero tambien los sabios la yerran. Señor don Dionisio el geógrafo, mi ánimo no es de ofender á Vd., pero no puedo ménos de decir á Vds., señores, que tanto Vds. como otros respetables autores que nos han dicho y enseñado, los unos que los *Campos Eliseos* eran un lugar de placer adonde pasaban las almas justas despues de su muerte á gozar de un continuo jolgorio : los otros que estaban en la cuarta division del infierno, los otros que en la luna, los otros que en el centro de la tierra, los otros que en las islas Afortunadas, y los otros que entre Sevilla y Jerez de la Frontera, todos se han equivocado Vds. de medio á medio, y dispénseme Vds. que les hable con esta franqueza. Los *Campos Eliseos* están en Paris y nadie me lo puede negar, porque los he visto yo. Y no solo los he visto, sino que mas de cuatro veces ha paseado mi humanidad reverenda por aquellas larguísimas y frondosas carreras de árboles que van de la plaza de la Con-

cordia hasta el Arco de la Estrella, y que llaman *Campos Eliseos*.

Si todo es farsa en este mundo, como dice, y creo que con mucho fundamento, el castellano refran, los *Campos Eliseos* de Paris deben ocupar exactamente el punto céntrico del mundo, porque ellos son el centro de la farsa y el foco de los farsantes *cujusque generis et speciei*.

Para gozar de lleno del divertido, variado y extravagante espectáculo que ofrecen los *Campos Eliseos* es menester verlos, ó en una noche apacible de verano, ó en una mañana despejada de otoño. Si es de noche, le dan nuevo realce y contribuyen á aumentar la ilusion los innumerables faroles nacionales de gas que iluminan el paseo en toda su larga extension, los infinitos otros farolillos de propiedad particular que alumbran la mesa ó tienda de cada farsante, y las inenarrables aventurillas nocturnas que *ab utroque latere* tienen lugar como puede suponer el curioso lector. Si es de dia, se disfruta al mismo tiempo de la animacion que da al espectáculo el paso continuo de toda clase de carruajes de lujo, los elegantes que concurren con el objeto de lucir sus cuerpos y sus caballos, y los cohechitos tirados por cuatro ó seis cabras con sus competentes arreos y penachos de color en que se pasean los niños por el módico alquiler de diez ó doce sous por cada vuelta. Todo farsa.

Pero esta es la parte mas insignificante de aquellos nuevos *Campos de Farsalia*. Es de ver el enjambre de titiriteros, saltimbánquis, charlatanes, embaidores y farsantes de todas las especies, castas y raleas conocidas que pueblan aquel dilatado paseo. Aquí un corrillo de curiosos admirando embaucados la destreza de un jugador de cubiletes: allí otro corro entretenido con las gracias de un polichinela; allá un numeroso auditorio embelesado con la parodia de un vaudeville; mas adelante un extenso círculo extasiado con los experimentos de una máquina eléctrica; al lado una turba de muchachos regocijados con las habilidades de un perrito; acá un grupo recreándose en ver los juegos de fuerzas de los Alcides; en seguida una rueda de gentes al rededor de la rueda de la fortuna; allí inmediato una muchedumbre rodeada al juego de la bola; y aquí un corro, y allí otro corro, y acá otro corro, y allá otro corro, y mas adelante otro corro, y mas allá otro, porque aquí hay un viejo que convierte las estopas en cintas de colores dentro de la boca, y allí hay un jóven que baila el baile inglés, y acá hay dos niñas de ocho años que tocan dos violines á duo, y allá hay uno que pública sobre una mesa las virtu-

des de un elixir de larga vida, y mas adelante hay un hombre sin brazos que escribe con la boca como el mejor pendolista, y mas allá hay otro que se mete en el pecho una culebra domesticada, y á la izquierda hay un ventrilocuo, y á la derecha una mujer bailando en la cuerda floja al son de un organillo.

De trecho en trecho están los teatros portátiles, especie de cajones destinados á las representaciones escénicas de dos gatos, ó de un gato y un mono, con sus correspondientes rótulos á la portada que dicen: *Gran teatro de Regnault, Gran teatro de Mr. Lambier*, etc. Y de cuando en cuando suele oirse, como oí yo, á uno de estos empresarios de teatros decir con mucha gravedad: «¿qué valen las representaciones de *Mr. Lambier*, ni las de *Mr. Foucard*? ¿qué vale el gato de *Mr. Moulins* comparado con el mio? Mirad qué bien vestido le tengo; venid á ver sus habilidades.»

Aquí los juegos de caballos, allí el juego de la paloma, acá el de las bochas, allá de la cerbatana, y aquí y allá y por todas partes se oyen los disparos de los que se ejercitan en tirar al blanco á cuatro sueldos el tiro. En los *Campos Eliseos* está el *Circo Olímpico nacional* dirigido por Franconi (que de paso sea dicho es uno de los locales de espectáculo mas bellos y mas grandiosos que tiene Paris); allí se encuentran los salones de baile titulados de *Marte* y de *Flora*: allí el *Diorama nacional* en que se representa *el gran incendio de Moscow*; allí el *Navalonama*, en que se ve la isla de santa Helena y el acto de salir las embarcaciones sureando los mares con las cenizas de Napoleon: allí el *Cosmoroma* y el *Neorama*, y el *Panorama*, y todos los acabados en *rama*, y todo lo que pertenece al *ramo* de la farsa escénica y de la tiritaina y del embaucamiento, aumentado con la vocinglería de los charlatanes vendedores de estampas y de libros, que con uno en la mano levantando el brazo y enseñándole á los concurrentes, «hé aquí, dicen, el libro misterioso que se encontró debajo de las murallas de la gran ciudad del Cairo cuando fué conquistada por el gran Napoleon; él ha sido traducido de oculto por el hombre mas sabio de la Francia y no ha quedado ya mas que este ejemplar que es muy rebuscado; el que no quiera quedarse sin este libro precioso, que se apresure, porque me le están arrebatando de las manos: en diez sueldos le doy.» Y bien puede darle en diez sueldos, y aun en uno, porque son unos cuentos tontos para entretenimiento de niños, que nadie ha podido tener paciencia de leer enteros jamas.

Y á este símil son tantas las farsas y las extravagancias que se

ven en los Campos Elíseos en cualquier noche apacible de verano ó en cualquier mañana despejada de otoño ó de primavera, que bien puede decir que tiene la cabeza de bronce el que las primeras veces no salga de allí con el cerebro trastornado.

Todo esto lo ve cualquiera, pero lo que no habrán visto todos es cierto establecimiento de *doscientas figuras de cera* que hay al extremo de los *Campos Elíseos*, á la derecha, ya cerca del arco del Triunfo. — Entren Vds. conmigo, que no cuesta mas que seis sueldos. Gran cartelón. Un jóven y una jóven (de cera por supuesto) unidos y metidos en un cesto anuncian á la parte exterior de la puerta que por allí se entra al gran establecimiento ceroplástico. El significado de aquella *cópula nefanda*, como llamó uno de nuestros diputados la alianza Carlo-Cristina, no le pude averiguar. Un enjuto anciano, el hombre-oblea recortado en pergamino que dice nuestro Fabiani en la comedia *Los polvos de la madre Celestina* es quien nos va explicando las figuras, ménos la suya que es indefinible, y no admite explicacion. La lección la sabe de corrido, y charla como un cotorro sin hacer punto ni coma : oigamos al hombre papagayo.

« Señores, estos de la derecha todos son monstruos; esta es una ternera con dos cabezas : estos son dos niños unidos por el pecho : estos son dos hombres pegados tambien por medio de ese tubo que va del pecho del uno al del otro : estos son tres enanos gemelos.... esta es una mujer que fué jefe de bandidos en Suiza... estotra fué guillotizada en Burdeos.... este es el ladrón Elavide..... este grupo representa lo siguiente : los amores de *Piramo* y *Thisbe*, el bautizo del *duque de Paris*, la hermosa *Galatea*, el cíclope *Polifemo*, Mademoiselle *Rachel*, Mademoiselle *Taglioni*, y el famoso *Bébé*, enano del Rey de Polonia Estanislao. » — ¡Ira de Dios! dije para mí, y qué mezcolanza mas prodigiosa y qué galimatías mas insigne! Parecióme una de las décimas de despropósitos de Iriarte reducida á figuras de cera, y púseme naturalmente á cantar por lo bajo :

Tocando la lira Orfeo,  
Y cantando Jeremías,  
Baillaban unas folias  
Los hijos del Zebedeo :  
Viendo esto el Dios Himeneo  
Llamó á la casta Susana .....

— ¡Ah! *la casta Susana* (me interrumpió el hombre oblea), *la*

*voici* aquí tenéis á la casta Susana al lado del Arzobispo de Paris, este es Monseigneur el Arzobispo, esta la casta Susana.

Yo reía como un simple, y sentía no tener allí siquiera otros tantos compatriotas como eran las figuras de cera para tener el gusto de celebrarlo juntos. — Decidme, amigo : ¿y quiénes son estos personajes que están sentados al rededor de esta mesa en forma de cenáculo? — ¡Oh! estos son personajes muy famosos : aquí tenéis á Luis Felipe, actual Rey de los franceses ; este es el trágico Talma : esta doña María de la Gloria : este don Miguel de Portugal : esta la reina Cristina : esta Isabel II : esta es una Lilliputiense.... — ¿Cuál decís que es Isabel II? esta? — Perdonad, esa es la lilliputiense : la reina Isabel es esta. — ¡Pobre Isabel II! Infamemente retratada está en la Guia de Forasteros española de este año 42, pero voto á mi padre san Francisco que aquello era una herejía real de cera. Si hubiera estado allí Tirabeque es imposible que se hubiera contenido sin soplar al hombre-pergamino un sepan-cuantos. — Proseguid, buen hombre, proseguid. — Este es Guillermo IV de Inglaterra : esta la reina Victoria : estos son cuatro *paraditas* (farsantes), estos dos son el Rey y la Reina de los Belgas : este es el Emperador de Rusia : este el príncipe don Francisco de España.... — ¿Y no está por aquí don Carlos? — Aquí le tenéis separado de la mesa con Ab-del-Kader.... esta figura de la izquierda es la muerte del mariscal Lannes : ved aquí á Napoleon expirando..... — Bien, bien, no me enseñéis mas : en lo único que habéis estado acertado es en colocar á don Carlos y Ab-del-Kader juntos y sin participacion en la mesa.

En mi vida vi mas disparates reunidos ni congreso de reyes mas de carnaval : á no ser por la explicacion del hombre enjuto, se hubiera tenido por una comida de hostería. El que dude de la exactitud de los personajes y de su colocacion, no tiene mas que ir á Paris y verlo. Sin embargo, los farsantes franceses tienen desfachatez para exponer esto al público.

Omito en beneficio de la brevedad otras muchas farsas de los *Campos Elíseos*, pero creo que basta esta ligera reseña para deducir, que si todo es farsa en este mundo, los *Campos Elíseos* de Paris deben ocupar el centro del *mundo farsálico*.

#### Templo calvinista.

Á pesar de la libertad de cultos en Paris, como en toda la Francia, la religion dominante así en la capital como en la mayor